



JESUS Y LA PECADORA

(Lucas 7, 44-50)

Y vuelto a la mujer, dijo a Simón: ¿Ves esta mujer? Entré en tu casa, no diste agua para mis pies; mas ésta ha regado mis pies con lágrimas, y los ha limpiado con los cabellos.

No me diste beso; mas ésta, desde que entré, no ha cesado de besar mis pies.

No ungieste mi cabeza con óleo; mas ésta ha ungiendo con unguento mis pies.

Por lo cual te digo que sus muchos pe-

cados son perdonados, porque amó mucho; mas al que se perdona poco, poco ama.

Y a ella dijo: Los pecados te son perdonados

Y los que estaban sentados a la mesa, comenzaron a decir entre sí:

¿Quién es éste, que también perdona pecados?

Y dijo a la mujer: Tu fé te ha salvado, ve en paz.



EL MONO Y EL TITIRITERO

El fidedigno padre Valdecebro, que en discurrir historias de animales se calentó el cerebro, pintándolos con pelos y señales; que en estilo encumbrado y elocuente del unicornio cuenta maravillas, y el ave-fénix cree a pie-juntillas, (no tengo bien presente si es en el libro obtavo, u en el nono) refiere el caso de un famoso mono.

Este, pues, que era diestro en mil habilidades, y servía a un gran titiritero, quiso un día, mientras estaba ausente su maestro, convidar diferentes animales de aquellos mas amigos a que fuesen testigos de todas sus monadas principales.

Empezó por hacer la mortecina; después bailó en la cuerda a la alarquina con el salto mortal y la campana; luego el despeñadero, la espatarra, vueltas de carnero, y al fin el ejercicio a la prusiana. De estas y de otras cosas hizo alarde. Mas lo mejor falta todavía; pues imitando lo que su amo hacía,

ofrecerles pensó, porque la tarde completa fuese, y la función amena, de la linterna mágica una escena.

Luego que la atención del auditorio con un preparatorio exordio concilió, según es uso, detrás de aquella máquina se puso; y durante el manejo de los vidrios pintados fáciles de mover a todos lados, las diversas figuras iba explicando con locuaz despejo.

Estaba el cuarto a obscuras, cual se requiere en casos semejantes; y aunque los circunstantes observaban atentos, ninguno ver podía los portentos, que con tanta parola y grave tono les anunciaba el ingenioso mono.

Todos se confundían, sospechando que aquello era burlarse de la gente. Estaba el mono ya corrido, cuando entró maese Pedro de repente, e informado del lance, entre severo y risueño le dijo: Majadero, ¿de qué te sirve tu charla sempiterna si tienes apagada la linterna?

Perdonadle, sutiles y altas Musas, las que haceis vanidad de ser confusas: ¿Os puedo yo decir con mejor modo que sin la claridad os falta todo?



EL TEATRO Y EL MUNDO

Nunca los cetros o coronas de los emperadores farsantes, respondió Sancho Panza, fueron de oro puro, sino de oropel u hoja de lata.

—Así es verdad, replicó Don Quijote, porque no fuera acertado que los atavíos de la comedia fueran finos, sino fingidos y

aparentes, como lo es la misma comedia; con la cual quiero, Sancho, que estés bien, teniéndola en tu gracia, y por el mismo consiguiente, a los que las componen; porque todos son instrumentos de hacer un gran bien a la república, poniéndonos un espejo a cada paso delante donde se ven al vivo las acciones de la vida humana; y ninguna comparación hay que más al vivo nos presente lo que somos y lo que hemos de ser, como la comedia y los comediantes.

Si no, dime, ¿no has visto tú representar alguna comedia, adonde se introduce reyes, emperadores y pontífices, caballeros, damas y otros diversos personajes?

Uno hace el rufián, otro el embustero, éste el mercader, aquél el soldado, otro el simple discreto, otro el enamorado simple, y acabada la comedia y desnudándose de los vestidos de ella, quedan todos los recitantes iguales.

—Sí he visto, respondió Sancho.

—Pues lo mismo —dijo Don Quijote— acontece en la comedia y trato de este mundo, donde unos hacen los emperadores, otros los pontífices, y, finalmente, todas cuantas figuras se pueden introducir en una comedia; pero en llegando el fin, que es cuando se acaba la vida, a todos les quita la muerte las ropas que los diferenciaban y quedan iguales en la sepultura.

—¡Brava comparación —dijo Sancho— aunque no tan nueva, que yo no la haya oído muchas veces, como aquella del juego de ajedrez, que mientras dura el juego cada pieza tiene su particular oficio, y en acabándose el juego todas se mezclan, juntan y barajan, y dan con ellas en una

bolsa, que es como dar con la vida en una sepultura.

—Cada día, Sancho—dijo Don Quijote—te vas haciendo menos simple y más discreto.

—Sí, que algo se me va a pegar de vuesa merced —respondió Sancho— que las tierras que de suyo son estériles y secas, estercolándolas y cultivándolas vienen a dar buenos frutos; quiero decir que la conversación de vuesa merced ha sido el estiércol que sobre la estéril tierra de mi seco ingenio ha caído; la cultivación, el tiempo que le sirvo y comunico, y con esto espero de dar fruto de mí, que sean de bendición, tales que no desdigan ni deslicen de los senderos de la buena crianza que vuesa merced ha hecho en el agostado entendimiento mío.



UN COMBATE ENTRE FIERAS

Anteriormente a la guerra europea el Parque Zoológico de Hamburgo pasaba, con justicia, con ser el primero del mundo. En él podían verse animales de las más apartadas regiones, viviendo en un paisaje artificial que pudiera recordarles los panoramas vistos en sus días de libertad.

Junto a la jaula del cocodrilo, que una instalación de estufas mantenía en una continua temperatura tropical, se alzaban sobre altos picachos blancos, las instalaciones de las focas y osos polares, separadas entre sí por fosos que el público no alcanzaba a ver, y que le permitían creer a aquellos animales en un estado de libertad nativa, entre icebergs y glaciares.

El muelle estaba constantemente lleno de jaulas de sólidos barrotes, en cuyo interior rugían tigres, leones, panteras y jaguares, haciendo retemblar el muelle con sus clamores calenturientos.

Las grúas no cesaban de extraer del sollado de los buques, elefantes monstruosos, hipopótamos gruñones y repulsivos, rinocerontes de figura grotesca y feroz al mismo tiempo, cajas con grandes serpientes con anterioridad aletargadas, por miedo a que, en un acceso de mal humor, extrangulasen al hombre que se hallase más cerca de ellas.

Era incesantemente un desfile de animales de las más opuestas razas y latitudes, que tiritaban en jaulas caldeadas espantosamente, o parecían asfixiarse de un calor nuevo para ellos, bajo el cielo gris y brumoso de Hamburgo.

Los directores y empresarios de circos acudían allí a hacer sus compras, y los parques zoológicos de casi todo el mundo poblaban sus jaulas con lo que en el parque hamburgués era desechado.

Algunas tardes, oyendo los rugidos estentóreos de sus salvajes huéspedes, los hamburgueses podían creerse transportados a los tiempos del circo romano.

Pero lo que nunca había desembarcado en Hamburgo con destino a las jaulas de su parque, era un toro de lidia.

El director del parque zoológico en aquel entonces, tuvo un día el capricho de escribir a España, pidiendo a uno de los principales ganaderos españoles el inmediato envío de la mejor pareja de reses de lidia (macho y hembra) que tuviese en su ganadería.

Y poco tiempo después una mañana

de Agosto, las grúas del muelle de Hamburgo extraían de las profundidades de un buque a un toro y una vaca brava, encerrados en sendos cajones provistos de ruedas.

Conducidos al parque y puestos en una jaula, dentro de la cual se instaló una pequeña pradera surcada de arroyuelos, los dos animales se aburrían mucho.

Los primeros días lo pasaron tumbados, con un desprecio olímpico para la multitud curiosa que se agolpaba ante la jaula, atraída por el tarjetón en que se leía en grandes letras:

TOROS DE LIDIA

PROCEDENTES DE ESPAÑA

Y debajo, en letra pequeñísima, lo menos diez columnas de advertencias.

Ante este aspecto de mansedumbre, debido principalmente a la extrañeza que este cielo opaco y esta pradera reducidísima (tan diferente del cielo azul y las verdes dehesas de España) les producía, los toros pasaron a ser, para el público del parque, dos animalitos simpáticos, tan inofensivos como el más obeso buey de granja alemana, y cuya única curiosidad estaba en haber nacido en España, donde, por lo visto, la gente mataba aún, luchando a brazo partido con ellos, a los animales que había de comerse después.

Los empleados del parque, participando poco a poco de esta convicción del público, fueron descuidando el empleo de precauciones para con los toros, y acabaron por dejar abierta la puerta de la jaula en las horas de limpieza, mientras ellos iban de un lado para otro.—*Concluirá.*

Imprenta: Bravo Murillo, 72